

EL SÚMMUM

ABDÓN SÁNCHEZ CASTILLO

Es bueno recordar que toda la población del universo, con una insignificante excepción, está compuesta por los demás

John H Holmes

Este libro se lo dedico especialmente a Leonor Castillo Rojas, mi amorosa y abnegada madre, por creer en mí y apoyarme en los momentos trascendentales de mi vida; a ella le debo lo que soy. A mi difunto padre Abdón Sánchez Fiallo, quien con su ejemplo me enseñó la diferencia entre la suerte del ganador y el éxito resultado de la tenacidad, la perseverancia y el trabajo duro, como camino seguro para lograr las metas en la vida.

También le dedico este libro a mi esposa Sandra, quién con sus consejos y aportes contribuyó en forma importante al mismo, y a mis hijos Jonathan Mauricio, Juan Diego y Alejandro, quienes son mi inspiración y la razón de mi vida.

6 de noviembre de 2008

Desde la ventanilla de la avioneta, Camilo Villafuerte Ramírez disfrutaba del espectacular paisaje. La extensa llanura, con sus verdes e interminables pastizales, contrastaba con el gran número de ganado que pacía en ella; animales que desde las alturas se veían como manchas blancas. No era la primera vez que visitaba el Casanare; pero se sentía tan impresionado como entonces.

Sin haber aterrizado aún, Camilo empezó a sentir la alta temperatura del lugar. La inevitable transpiración que empapaba rápidamente sus ropas, la desesperante sensación de sed y las molestas gotas de sudor que se deslizaban sobre sus ojos, eran unas pocas de las muchas razones por las cuales no le agradaban las tierras de clima tropical.

Recién había cumplido treinta y tres años, pero por su figura delgada y facciones de adolescente aparentaba mucho menos. El cabello negro y liso, cuidadosamente peinado hacia un lado, el color blanco de su piel, los ojos negros y grandes, con cejas densamente pobladas, lo hacían lucir como cualquier joven de la región interior de Colombia.

Camilo le echó una mirada a su reloj deportivo de bajo precio; eran las diez de la mañana. La avioneta disminuyó su velocidad y altura de vuelo, lo cual era una señal de que se acercaban al aeropuerto privado de la empresa PETROLINK. A lo lejos vio las chimeneas quemando gas en los campos de explotación; el viaje había llegado a su fin. La pequeña pista apareció frente a sus ojos y la avioneta se alineó sobre la misma, reduciendo su velocidad y altura hasta lograr un suave aterrizaje.

Al tocar tierra, Camilo respiró aliviado, las avionetas no eran su medio de transporte favorito. Se sentía inseguro en ellas, sobre todo por esa sensación de vacío que agredía su estómago con cada movimiento y que se hacía especialmente insoportable en el momento del aterrizaje. Cada vez que se bajaba de uno de esos aparatos juraba no volver a subirse en uno, pero la necesidad se imponía sobre sus deseos.

Extendió la manija de su maleta de equipaje y la puso a rodar sobre sus desgastadas ruedas. Caminó hacia el campero, donde lo esperaban dos hombres. Su caminar denotaba una ligera cojera, causada por un accidente de bicicleta, durante su adolescencia. Ya conocía al ingeniero Eduardo Zipaqué y al capataz Roberto Alicante, por tal razón, su saludo fue muy efusivo; eran veteranos de la empresa.

— ¿Cómo hicieron para convencerte de salir de Bogotá? —preguntó Eduardo.
—No lo sé, sólo espero que tengas una buena razón para hacerme venir hasta aquí.

—Te vas a sorprender, te lo aseguro.

Roberto Alicante, hombre de pocas palabras, le dio la bienvenida.

— Ingeniero, para nosotros es importante que usted haya venido; quizá de esta forma los jefes en Bogotá puedan entender los problemas con que tenemos que lidiar aquí.

El campero tomó una angosta carretera destapada que se dirigía hacia la puerta de un campamento, rodeado por altas cercas de malla eslabonada, custodiada por torrecillas de seguridad con hombres armados apostadas en éstas. Cerca a la entrada estaban las barracas del campamento, construidas con material prefabricado, a su lado el restaurante y las oficinas de administración. En el centro del campamento se divisaba una torre de un pozo exploratorio tipo A-3.

Las cercas que dividían el campamento del resto de la llanura, significaban un paso entre la libertad y la prisión. Su frontera era fácilmente identificable, aún después de retirar el molesto cercado, ya que la hierba no volvía a crecer puertas adentro: los herbicidas y los productos derivados del petróleo que se vertían sobre el suelo las eliminaba por mucho tiempo. El aviso de advertencia: “Prohibido el paso, cercas electrificadas”, colgado en la puerta de acceso y alrededor de todo el campamento era una prueba más de la similitud entre una prisión y el campamento de exploración de PETROLINK. En contraprestación con la pérdida de libertad, los trabajadores del campo de exploración recibían una remuneración envidiable, dentro del mercado laboral colombiano, trabajando veinte días y descansando ocho.

En este tipo de trabajos no había espacio para la holgazanería, eran realmente veinte días de trabajo, sin importar si era festivo, de día o de noche. Los perezosos no tenían cabida en la empresa, cualquier incumplimiento o falla era causal de despido inmediato. Eduardo no permitía este tipo de persona dentro de sus filas, decía que la pereza era un mal contagioso que terminaba invadiendo la mente de todos y por tal razón no se debía tener ningún tipo de contemplación para con ellos.

La resequedad en sus labios y aquella permanente sensación de sed eran unas de las cosas que más le afectaban a Camilo. Eduardo, conocedor de ésta debilidad, sacó de la guantera del campero una botella de agua fría y se la alcanzó.

—Gracias por hacerme la vida más llevadera —dijo Camilo, Eduardo le correspondió con una sonrisa — ¿Esperamos que en esta ocasión si nos aceptes unas cervezas?

—Si ponen de su parte para que hagamos este trabajo en el menor tiempo posible, les prometo que no sólo me tomo con ustedes unas cervezas, sino que también las pago.

—Es un trato —dijo Roberto.

A Camilo le asignaron un camarote, el cual constaba de una cama sencilla, un ventilador de pedestal, una pequeña mesa plástica que hacía de mesa de noche y un aparador desarmable, donde se acomodaba la ropa. Le gustaba la sencillez y practicidad de ese tipo de lugares; pese a su informalidad, tenía lo necesario para descansar, excepto el sofocante calor que no daba tregua, aún con el ventilador funcionando a plena marcha.

Las paredes del camarote, elaboradas con láminas plásticas y soportes metálicos, tenían pequeñas ventanas para facilitar la ventilación e iluminación de las mismas. Camilo puso la maleta sobre la cama, la abrió, sacó una foto autoadhesiva de su hija y la pegó sobre una de las paredes, en un intento por hacer un poco más familiar aquel pequeño lugar. Llegó a la conclusión que lo que realmente le molestaba no era el tipo de trabajo en sí, ya que amaba su profesión y disfrutaba trabajar en las perforaciones: odiaba el tener que separarse de su esposa e hija y el no poder compartir más tiempo con ellas, debido a sus frecuentes viajes.

¿Por qué él no podía disfrutar y participar en la educación, crecimiento y formación de su hija? ¿Por qué no podía tener una familia normal, en la que todos sus miembros disfrutaran de su compañía, de sus experiencias, tristezas, alegrías, problemas y esperanzas? Su relación familiar se reducía a una llamada telefónica diaria y a comunicaciones esporádicas por Internet. Tantos años en esa misma rutina habían colmado su paciencia, él creía merecer una oportunidad de trabajo estacionario, como la habían tenido muchos de sus compañeros que entraron después de él a la compañía y hoy contaban con muy buenos cargos y sueldos en Bogotá y no tenían que viajar permanentemente. “Es como tener una familia prestada por unos cuantos días al mes”, pensaba. Pese a los esfuerzos y el tiempo que le dedicaba a su hija Estefanía, era un completo extraño para ella, quién para ese entonces ya había cumplido cinco años. De cierta forma él era un desconocido al que tenía que llamarle papá pero quién realmente estaba pendiente de ella, del colegio, de su ropa, de sus problemas, y necesidades era Emilia, su madre.

Camilo ya había pasado por todas las etapas de lo que él llamaba: “Síndrome de la distancia”, consistente en que los primeros años de estar trabajando en campos de exploración, se aprovechaba de la lejanía de esposas y novias y se daba rienda suelta a todos los placeres terrenales a que se podía acceder yendo hasta la ciudad más cercana: licor, juegos de azar, billar y sexo.

Años atrás, recién llegó a la empresa, al igual que la mayoría de trabajadores, Camilo acostumbraba escaparse los días sábados hacía Yopal. La excusa era respirar aire de libertad, pero la realidad era que sólo quería embriagarse y tratar de conquistar alguna mujer de la región. Siempre terminaban en los burdeles más cotizados de la ciudad, donde tenían oportunidad de ver bellas mujeres, asistir a espectaculares striptease y tener sexo con ellas por una pequeña suma.

Con los años perdió el interés en estas excursiones libidinosas, ya que se dio cuenta que sólo traían consigo gastos muy grandes de dinero y problemas de salud, además del riesgo que se corría por estar en ese tipo de establecimientos, sobre todo cuando la lucha entre guerrilla y paramilitares agobiaba la región. A cambio prefería dedicar su tiempo libre leyendo un buen libro o visitando un restaurante de la zona, para disfrutar de una comida típica. Obviamente este cambio de comportamiento le significó muchas burlas y recriminaciones por parte de sus compañeros, quienes decían que Camilo se había envejecido prematuramente, y que su mujer lo tenía tan subyugado que no le permitía tomarse un trago.

Camilo dejó por completo el licor, cuando su médico le diagnosticó problemas de colesterol y triglicéridos, por cuenta del consumo de alcohol. Llegó a la conclusión de que tomar hasta emborracharse, era una de las peores estupideces que podía cometer un ser humano; un ser supuestamente inteligente minando su propio cuerpo.

El ingeniero se puso el uniforme de la compañía, previsto para usar en campos petroleros: las botas con puntera de acero, el casco y las gafas de protección.

Al llegar al pozo de exploración, Camilo se percató del buen número de brocas dañadas; sus cuchillas estaban totalmente desgastadas. Al mirarlas de cerca vio que habían de todo tipo: brocas con insertos de carbono de tungsteno y con diamantes sintéticos, y hasta las más costosas cubiertas con diamantes verdaderos.

—Veo que están en serios problemas —dijo Camilo mirando detalladamente las brocas desechadas.

—Llevamos quince días atascados a ocho cientos veintiún metros de profundidad, no hemos podido avanzar ni un centímetro desde entonces. Como puedes ver hemos probado con todo tipo de brocas. Disminuimos la viscosidad del lodo y aumentamos al máximo su flujo, pero igual las brocas se desgastaron sin quitarle una sola esquirla a esa maldita roca —explico Eduardo rascándose su incipiente calvicie. Su nariz grande y sus pómulos prominentes daban una sensación de rudeza que reñía con aquella voz delgada y chillona que parecía más de un adolescente que de un hombre de cuarenta años.

— ¿Es posible que sea una formación de talco o un material muy blando? —preguntó Camilo.

—Ya descartamos esa posibilidad, utilizamos brocas para ese tipo de material y fue inútil, por lo menos hubiéramos avanzado unos metros; pero no avanzamos ni un ápice —respondió Roberto. Su nariz puntiaguda y encorvada en combinación con sus pequeños ojos negros, cabello negro liso y su baja estatura, le habían valido para que lo apodaran "La Bruja".

—Entonces se trata de algo extremadamente duro, ¿quizás una formación de carbón?

—Ya hemos lidiado con ese material antes, pero esto es diferente —dijo Eduardo.

—Sea lo que sea, creo que ya han gastado suficiente tiempo y brocas, lo mejor es tratar de evitar esa formación haciendo una perforación direccionada.

Eduardo y Roberto se miraron haciendo un gesto de complicidad.

— ¿Por qué crees que insistimos, para que vinieras a darnos una mano? Eres el único ingeniero de la empresa en que confiamos para este tipo de trabajo —dijo Eduardo.

—Ojalá todos en esta empresa supieran valorar mi trabajo como ustedes lo hacen —rezongó Camilo.

—Después de esto seguro que lo harán —tercio Roberto.

Camilo tomó aire y miró hacía el malacate del pozo.

—Lo que hay que hacer es lo siguiente: primero, sacar la sarta y luego armarla nuevamente con el sistema rotativo direccional, estas son las especificaciones de la sarta.

Eduardo tomó la hoja de papel que Camilo le alcanzó.

—No se diga más y manos a la obra. Si quieres te puedes ir al restaurante mientras tanto —respondió Eduardo.

—No gracias, creo ser más útil aquí.

El personal del pozo se puso activo, Camilo se unió al grupo de trabajo y colaboró acomodando la tubería que se sacaba del pozo. Su rodilla le empezó a doler debido al esfuerzo. El sudor empapó su cuerpo rápidamente, las dos botellas de agua que llevaba consigo se agotaron rápidamente.

—Creo que voy a seguir tu consejo, me voy a descansar a la sombra, no soporto el calor y la rodilla me está doliendo.

—Te lo dije Camilo, tómalo con calma mientras te acostumbras nuevamente al calor —dijo Eduardo.

Mientras Camilo trataba de reponerse, el personal del pozo trabajaba sin descanso. Se inició el turno de noche y Camilo se fue a su camarote para tratar de dormir. El ruido del ventilador no le permitía conciliar el sueño, sabía que los primeros días era difícil acostumbrarse a él.

Sentía resequedad en su boca y una sensación de sed acompañada de una debilidad que le hacía pensar que tenía una ligera deshidratación, para lo cual se había llevado al dormitorio una botella de suero oral electrolítico. Camilo oía a la distancia los motores y el deslizar de las tuberías que se sacaban del pozo y se acomodaban en pilas perfectamente organizadas. Finalmente el cansancio lo venció y se quedó dormido.

Al día siguiente, con fuerzas renovadas, Camilo trabajaba hombro a hombro con el personal del pozo, se sentía mucho mejor. Ya habían logrado sacar toda la tubería y estaban organizando la nueva sarta y el sistema rotativo direccional. Un ruido distrajo la atención de todos, parecía como si el desgasificador de lodo estuviera regurgitando. Camilo dirigió su mirada hacia la boca del pozo, donde estaba el controlador de erupciones, y descubrió que éste despedía trazos de vapor.

—Tenemos que salir de aquí ahora —gritó Camilo, en el mismo instante en que la boca del pozo expulsaba el controlador de erupciones, con tal fuerza que golpeó violentamente la torre, causando unas chispas, luego de lo cual ocurrió una gran explosión. Camilo sintió como cada parte de su cuerpo se quemaba centímetro a centímetro, era su fin.

Camilo se despertó sobresaltado y bañado en sudor: había tenido una pesadilla. El sueño había sido tan real, que su ritmo cardíaco estaba alterado. Se levantó lentamente, todos los músculos de su cuerpo le dolían. Vestía una pantaloneta que le llegaba hasta las rodillas y una camiseta de marca, color verde que no le hacía juego. Buscó su toalla de baño, los elementos de aseo, se puso sus chancletas y salió a buscar las duchas compartidas. “Que sueño tan estúpido”, pensó, “debe ser por causa del calor, quizás un baño me haga sentir mejor”.

A las seis y cinco de la mañana ya estaba nuevamente en el pozo de perforación revisando el armado de la sarta y el sistema rotativo direccional.

—Los felicito muchachos, gracias a su trasnocada lograron adelantar el trabajo de dos días.

—Te la vamos a cobrar con creces —respondió Eduardo —. Quedamos listos para empezar a bajar la sarta. ¿Todo está bien?

—Sí, todo está en orden. La idea es llegar a seiscientos veintiún metros y en ese punto empezar a desviar poco a poco hasta llegar a diez grados, para poder desplazarnos treinta y cinco metros de la formación problema. La idea es que no hayan cambios de rumbo superiores a seis grados, es decir, deben ser curvas suaves.

El grupo de operarios empezó a conectar tubería y a bajar la sarta rápidamente. Camilo por su parte se dedicó a revisar la viscosidad y PH del sistema de lodos. Este sistema se encargaba de inyectar lodo por la tubería, fluido el cual era especialmente calculado para refrigerar la broca, sacar a la superficie el material removido, evitar la salida de gases y evitar el derrumbe de las paredes del pozo. Debía ser de una viscosidad y PH tal que lograra fluir fácilmente y así mismo mantuviera suspendido el material removido y lo empujara hacia arriba a través del espacio anular existente entre la tubería y las paredes del pozo.

Las horas transcurrieron y pronto llegó el medio día con el sol en el cenit y la temperatura en su máximo apogeo. Justo a esa hora llegaron a la profundidad indicada: seiscientos veintiún metros. Aunque era hora del almuerzo, nadie dijo nada, era tal la expectativa por el trabajo y la desviación que lo único en que

pensaban era en superar el tapón de ochocientos veintiún metros. Camilo abrió su computador portátil y observó las indicaciones de posicionamiento del sistema de direccionamiento rotativo. Efectivamente estaba en las coordenadas correctas. Entonces digitó el rumbo a seguir y envió estas instrucciones al sistema rotativo de direccionamiento. A los quince minutos, en una ilustración mostrada en el computador, todos pudieron observar como el nuevo pozo tomaba una dirección cuyo rumbo era exactamente de seis grados respecto a la anterior trayectoria.

— ¿Qué pasa si nos encontramos de nuevo con la formación? —preguntó Roberto.

—Cambiamos nuevamente de rumbo. Es cuestión de tiempo. Si es necesario perforaremos horizontalmente, eso lo sabremos cuando lleguemos nuevamente a la profundidad apropiada.

Al tercer día, trabajando día y noche en forma continua, se alcanzó nuevamente la profundidad de la supuesta formación rocosa. A los ochocientos cincuenta metros la broca se volvió a atascar. Camilo ordenó aumentar la presión de bombeo de lodo, pero fue inútil; algo a esa profundidad no permitía el avance de la broca.

En la cara de todos se veía la frustración y el desencanto, pero Camilo no dejaba de mirar los instrumentos y hacer cálculos. Dio la orden de retroceder diez metros y reiniciar la perforación tomando un rumbo diferente. A las dos horas se superó la profundidad de ochocientos cincuenta metros.

El terreno en esta ocasión facilitó la labor y en cuestión de cuatro horas lograron alcanzar y superar la profundidad de ochocientos sesenta metros. El obstáculo había sido superado.

Todo el personal celebró el acontecimiento saltando y lanzando sus cascos hacía arriba. Camilo conservó la calma pero no pudo evitar dibujar una sonrisa en su rostro ante los abrazos de Eduardo y Roberto.

Uno de los trabajadores se acercó al sistema de lodos. Le había llamado la atención un pedazo de roca que había sido expulsado por éste.

—Ingeniero, mire la extraña roca que saco a flote el sistema de lodos —gritó un operario, quién con unas grandes tenazas sostenía un elemento alargado, totalmente embarrado.

—Límpiala hombre —ordenó Roberto. El trabajador lo llevó hacía una zona despejada y lo depositó allí, luego tomó una manguera con agua a presión y empezó a retirarle restos de barro y pequeñas rocas que tenía adherida.

El elemento tenía una forma de cristal o bastón color azul oscuro, que no superaba los veinte centímetros de largo y dos de diámetro, con forma cónica. En la punta tenía seis pequeños tentáculos que se entrecruzaban entre sí y terminaban en punta. Tenía una cabeza con forma esférica con seis orificios que

la atravesaban. En la medida que le eran retirados restos de roca y barro se revelaron signos en alto relieve sobre la cabeza del mismo.

El obrero que apuntaba la manguera con agua hacía el objeto estaba maravillado por éste y no dejaba de mirarlo, en un repentino e incontrolable impulso intentó tomarlo en sus manos, entonces al acercarse el objeto se iluminó y se tornó de color morado. Camilo le gritó que se detuviera; pero fue demasiado tarde, el hombre ya había puesto sus manos callosas sobre el cristal. Una fuerte luz blanca encegueció a todos los presentes. Camilo no podía ver pero percibía un olor extraño en el aire: una combinación de azufre y carbón vegetal quemado. A su mente se vino la idea de que el mismo demonio se había hecho presente y los había dejado ciegos. El caos y la desesperación se apoderaron del personal del campamento. Corrían de un lado para otro sin saber qué hacer, pero con el paso de los minutos la calma fue retornando y la visión de Camilo y los demás trabajadores se fue recuperando.

Cuando Camilo buscó el cristal, con su visión aún borrosa, lo encontró en el piso. Había retornado a su color normal. El trabajador que lo había tomado entre sus manos había desaparecido.

2

Seis años antes

Camilo estaba muy nervioso. Ya había pasado por esa desagradable experiencia en muchas oportunidades y en la mayoría, por no decir que en todas, los resultados habían sido frustrantes. Hacía más de un año se había graduado como ingeniero de petróleos y todavía no había logrado conseguir un empleo.

Sabía que los buenos resultados obtenidos en el examen de conocimientos no garantizaban su vinculación laboral. En la entrevista psicológica, cualquier indicio de ser una persona que no encajara dentro del perfil previsto para el cargo, resultaría en una descalificación automática.

Estaba sentado frente a una psicóloga joven y de aspecto agradable, pero de mirada penetrante e inquisidora. Parecía como si esa mujer pudiera leer su mente, sus debilidades y complejos. No sabía cómo actuar, porque si lucía demasiado seguro podría dar la impresión de ser una persona rebelde y poco natural, por el contrario si se mostraba tímido y callado (tal como realmente era) corría el riesgo de ser calificado como un inepto o incompetente, incapaz de tomar decisiones ante una emergencia. Recordaba los consejos leídos en una página de Internet, para este tipo de entrevistas: saludar con pulso firme sin triturar la mano de su entrevistador, mira al entrevistador a los ojos sin resultar ofensivo o incomodo, mover suavemente las manos al hablar, observar el lugar de la entrevista, lucir relajado y además parecer natural. También llamaba la atención sobre el cuidado que se debía tener, al responder preguntas relacionadas con su actitud frente a las protestas universitarias, si había sido una participación activa o si más bien había preferido mantenerse alejado de las mismas. La forma correcta de responder, dependía del tipo de trabajo a que se aspiraba: si se trataba de una vacante como jefe o director de un proyecto, no era bien visto el haber sido indiferente a éstos movimientos, ya que el perfil del cargo exigía una actitud proactiva y dinámica. Por el contrario, para cargos que no implicarán manejo de personal y grandes responsabilidades, debía mostrarse como una persona trabajadora y sumisa. La entrevista era para aspirar al cargo de ingeniero H3, con un manejo limitado de responsabilidad.

Su comportamiento finalmente no coincidió con ninguna de las recomendaciones que había leído, excepto el consejo de mirar a los ojos de la psicóloga y ofrecer su mano con firmeza al momento de saludar.

La profesional le sonrió y se presentó.

—Buenos días, soy Elizabeth Castro, ¿cómo está?

—Muy bien, pero para ser sincero estoy un poco nervioso.

—Relájese no tiene porque sentirse así. Sólo le voy a hacer algunas preguntas sencillas y usted tratará de responderlas lo más honestamente posible, ¿de acuerdo?

—De acuerdo Doctora —respondió con voz casi inaudible. La entrevistadora lo observó con atención.

— ¿Es la primera vez que presenta éste tipo de entrevistas?

—No, ya he presentado varias.

— ¿Y entonces por qué está tan nervioso?

Camilo agacho la mirada, tomando aire, tratando de recordar cuál debería ser la respuesta correcta, según la información que había leído, pero su mente estaba bloqueada, no logró recordar nada. Eso le solía suceder cuando era sometido a presión, le había ocurrido varias veces en la universidad, donde pese a obtener excelentes calificaciones, cuando algún profesor decidía pasarlo al tablero a desarrollar un ejercicio ante la clase, su mente se bloqueaba y actuaba como un estúpido. Era la peor de sus pesadillas: congelarse precisamente en una entrevista de trabajo; sólo le quedaba una opción: ser sincero.

—La verdad, en las últimas entrevistas no me ha ido bien, tal vez por eso me siento algo inseguro.

— ¿Por qué cree que le ha ido mal?

—No estoy seguro, pero creo que fue por haber sido sincero al expresar mi forma de ser, es posible que ellos hayan pensado que mi perfil psicológico no se ajustaba al del profesional que ellos buscaban.

— ¿Y cuál cree que era el perfil que buscaban?

Camilo miró los ojos de la sicóloga y se dio cuenta que había caído en una trampa: ahora tenía que exponer sus defectos y complejos ante su entrevistadora y todo lo que dijera sería usado en su contra. Ella esperaba pacientemente la respuesta, mientras tomaba nota en su libreta de apuntes.

—Un ingeniero que además de contar con un buen nivel académico, tuviera excelentes relaciones interpersonales y no fuera fácilmente influenciable por causas sindicales.

— ¿Cuál de esos requisitos no cumple usted?

—Creo que no soy el mejor expresando mis ideas, tal vez por eso no hago amigos fácilmente.

— ¿Y qué piensa de los sindicatos?

—Opino que gracias a los sindicatos se logra el punto de equilibrio entre los intereses del patrón y los de sus empleados.

— ¿Cree que por esas dos razones no ha sido bien calificado?

—Es posible. Por otra parte la competencia es fuerte, hay muchos ingenieros, la mayoría con muy buenas calificaciones y además con... —Camilo se mantuvo en silencio por unos segundos tratando de encontrar las palabras adecuadas.

— ¿Excelentes referencias? —complementó Elizabeth. En ese momento sonó el teléfono interno.

—Buenas tardes Doctora Castro.

—Buenas tardes Ingeniero Drum —respondió Elizabeth pegando el teléfono a su oído y enfocando su atención hacía un copia de un cuadro de Fernando Botero, el cual mostraba una angosta calle de un pueblito (seguramente antioqueño), con casas pintadas de color rosado, amarillo, blanco y marrón, con pequeños balcones. En la calle un grupo de personas transitando por ella, una montando un burro y el resto a pie, todos con una característica en común: su marcada obesidad, incluido el animal.

—Aparte de saludarte, quería recordarte el favor que te pedí respecto a la entrevista del ingeniero Rubén De Las Casas.

—Lo recuerdo Señor, el problema es que no se presentó esta mañana a la cita programada.

—Precisamente él me llamó para disculparse, se le presentó un problema y no pudo asistir, por favor diligencia el formulario como si hubiera estado allí. Yo lo conozco y sé que es una persona competente y con una personalidad arrolladora, al fin y al cabo proviene de una familia de alto abolengo y no creo que tenga problemas psicológicos.

—Discúlpame señor, yo no puedo hacer eso, tengo que cumplir con los procedimientos porque...

—Creo que no me has entendido Elizabeth, no estoy pidiéndote un favor, estoy dándote una orden, límitate a cumplirla. Confío en tus capacidades, no me decepciones.

El Presidente de la empresa colgó y Elizabeth se quedó un par de segundos con la bocina del teléfono en su oído, preguntándose: "¿por qué tenía que soportar ese tipo de humillaciones y vejámenes?". Ella conocía la respuesta: por física necesidad. Conseguir un buen empleo no era tarea fácil, ¿por qué se tomaban la molestia de hacer un supuesto proceso transparente de selección de personal, si ellos terminaban haciendo lo que se les daba la gana? Sabía que el objetivo era mostrar al público una imagen de transparencia, pero reservándose el derecho de aceptar o rechazar a cualquier aspirante, incluso saltándose los procedimientos. En conclusión: Guardar las apariencias. Al igual que el timorato ingeniero que tenía en frente, ella también había tenido que soportar muchos meses pasando hojas de vida y presentando entrevistas.

Antes de la llamada del Presidente, había decidido calificar negativamente el perfil psicológico de Camilo, pero ahora estaba dudando en hacerlo. Por lo menos éste hombre había cumplido con todo el procedimiento de selección y en sus respuestas se reflejaba franqueza y honestidad, algo que hoy en día no era fácil de encontrar.

—Lamento la interrupción ingeniero.

—No se preocupe doctora.

—Bueno Camilo, por mi parte no tengo nada más que preguntarle. Que tenga buen día —en los labios de Elizabeth se dibujó una ligera sonrisa.

Camilo se despidió y salió de la oficina con una sensación extraña, no sabía si le había ido bien o mal.

A los dos días recibió una llamada de la gerencia de recursos humanos de PETROLINK. Una dulce voz femenina le informó que había sido admitido y tenía que presentarse lo más pronto posible, llevando consigo los certificados correspondientes para firmar el contrato de trabajo y hacerse los exámenes médicos.

El día siguiente, Camilo se hizo presente en PETROLINK llevando consigo los documentos solicitados. Madrugó a las cinco de la mañana, para ser atendido en primer lugar, entonces observó sorprendido como Rubén de Las Casas llegó a la ocho de la mañana y tomó su lugar. En ese momento no sabía que se trataba de su nuevo jefe. Todas las personas en la larga fila protestaron. Camilo no pronunció palabra, pero el hombre de baja estatura, nariz puntiaguda y cara redonda parecía enojado contra él.

—Soy el nuevo jefe del departamento de perforaciones exploratorias y tengo una cita previamente acordada.

—Todos aquí tenemos una cita, tan sólo que llevamos aquí varias horas haciendo la fila —gritó una mujer desde muy atrás.

Camilo se dio cuenta que se trataba de su nuevo jefe. Intentó presentarse pero luego desistió; pensó que no era el mejor momento para hacerlo. Una enfermera salió del consultorio e hizo pasar a Rubén, en medio de la silbatina de los que estaban en la fila.

Ese fue el comienzo de una relación tortuosa entre Camilo Villafuerte y Rubén de Las Casas. Pese al esfuerzo del primero, por parecer inteligente y simpático ante su jefe, a cambio sólo recibió indiferencia y más trabajo. La antipatía de Rubén hacía Camilo era inocultable. Todo lo que el subalterno proponía recibía como respuesta un rotundo rechazo de parte de Rubén; tanto así que los demás compañeros empezaron a notarlo. Camilo parecía estar cada vez más solo, sus compañeros lo evitaban. También evitaban participar en proyectos con él ya que sabían que tendrían problemas, sin importar si el trabajo estaba bien hecho o no.

Camilo decidió mantener un bajo perfil, opinar lo menos posible en las reuniones y ceñirse a hacer estrictamente lo solicitado por su jefe, ni más ni menos. En principio esta estrategia funcionó, pero con al pasar las semanas, la reacción de Rubén no se hizo esperar y en una reunión de directivos con la presidencia, lanzó una crítica implacable: "Hay ingenieros que no tienen iniciativa para hacer preguntas, mucho menos para proponer algo nuevo. El ingenio de aquellos llamados inmerecidamente <<ingenieros>> se quedó en el diploma que tienen colgado en sus casas".

— ¿Lo dice por alguien en particular? —preguntó con curiosidad el Presidente.

—Desafortunadamente ingenieros de ese tipo abundan por aquí, por mencionar un sólo ejemplo: Camilo Villafuerte.

—Si eso es lo que piensa de ese ingeniero, ¿por qué no lo despide?

En la cara de Rubén se dibujó una mueca de sorpresa.

— ¿No sabía que mi cargo tuviese esa atribución?

—No la tiene Rubén, pero en éste caso lo autorizo para que lo haga. Obviamente si cree que ese ingeniero no tiene las capacidades profesionales que el cargo exige.

El Presidente volvió al tema en que estaban, antes de la intervención de Rubén.

—Como les estaba diciendo, nuestra presidencia en Houston ha solicitado la designación de uno de nuestros ingenieros para un curso sobre perforaciones direccionales en ésta ciudad. Inicialmente pensé en enviar a uno de ustedes, pero me acaban de informar que es necesario hacer un concurso de conocimientos entre todos los ingenieros, con el fin de seleccionar aquel con el mejor puntaje obtenido. El examen será dentro de ocho días. Nuestro CEO se ha tomado tan en serio el asunto que va a enviar a un representante para que supervise personalmente la prueba. Espero que todos los aquí presentes participen; es una buena oportunidad para que demuestren sus capacidades.

Rubén levantó su mano indicando que deseaba intervenir. El Presidente le hizo una señal de aprobación.

—Discúlpeme señor, pero no creo que sea prudente someternos simultáneamente con nuestros subalternos a una prueba de conocimientos, ya que esto podría restarnos autoridad. ¿Se imagina si alguno de ellos obtiene un puntaje superior a su jefe?

— ¿Acaso no acaba de decir que la mayoría de ingenieros son unos ineptos? — Respondió el Presidente con cierta ironía —; pero para evitar ese tipo de inconvenientes, la participación será voluntaria. Quién quiera aspirar a ese curso tendrá que someterse a la competencia.

Se terminó la reunión y Rubén se dirigió a su oficina con una idea muy clara en mente: Despedir a Camilo Villafuerte. Definitivamente no lo soportaba. Su forma de ser, de pensar, de hablar, era algo totalmente contrario al perfil que el creía debería tener un subalterno suyo. Había algo que le inquietaba de aquel hombre: su aparente docilidad ante la autoridad y una inteligencia muy bien disimulada. Sabía que estaba fingiendo, que esperaba una oportunidad para pisotear al que se interpusiera en su camino y así lograr su objetivo: quedarse con su puesto.

Rubén había aprendido desde hace muchos años, observando a su padre, que en el mundo de los negocios, la competencia entre los profesionales de una compañía como PETROLINK era tan despiadada e inmisericorde como una guerra religiosa.

—No se puede tener compasión con el enemigo, porque el tampoco la tendrá contigo —le repetía frecuentemente.

El padre de Rubén era un reconocido empresario del sector petrolero, que había trabajado muchos años como Presidente de ECOPETROL. Rubén, por ser el hijo mayor, lo acompañaba a todas partes. Lo admiraba profundamente, pese a su excesiva severidad y al escaso tiempo que le dedicaba a su familia. De niño no recordaba a su padre acompañándolo a él o a sus hermanos a un cine, un partido de fútbol o a un paseo familiar por el parque. Normalmente el fin de semana estaba trabajando en reuniones políticas, en seminarios, o cualquier otra actividad. Muchos años después Rubén descubrió que estas actividades también incluían atender a su amante de turno. Su madre lo sabía, pero parecía no importarle o al menos eso quería hacerle pensar a los demás.

Luego de recuperarse de un preinfarto, el padre de Rubén concluyó que tenía que dedicarles más tiempo a sus hijos, si quería que ellos siguieran sus pasos, por eso cada vez que tenía oportunidad se llevaba a Rubén a sus reuniones en la empresa o a sus citas de negocios importantes. La única condición que le imponía era que durante el transcurso de las mismas, no podía pronunciar palabra alguna, excepto si alguno de los asistentes le preguntaba algo.

Así Rubén aprendió de su padre, desde muy joven, como manejar una reunión, como expresar con naturalidad y claridad sus ideas, como manipular a la gente para que hicieran lo que él deseaba, como torpedear un proyecto cuando el que lo impulsaba no era de sus afectos, como eliminar, laboralmente hablando, a sus colegas que significaran una amenaza para él o sus intereses. La empresa era lo menos importante, lo que realmente importaba era él y sus objetivos, por encima de cualquier otra consideración.

Recordaba con especial goce una de esas reuniones. Rubén tenía quince años y estaba sentado al lado de su padre. Un ingeniero hacía una exposición acerca de un novedoso método de recuperación mejorada de pozos de petróleo. Se trataba de uno de los vicepresidentes, quién era admirado por su ascenso meteórico dentro de la empresa, y era respetado por su aguda inteligencia; pese a su juventud.

Rubén no había entendido mucho de la explicación, pero de lo que si estaba seguro era de que el proyecto parecía muy rentable para ECOPETROL. Al menos así lo pensaba hasta que intervino su padre. Inició halagando las capacidades técnicas y los conocimientos especializados del expositor, pero luego empezó a hacer observaciones sobre cada uno de los métodos descritos por éste. Muchas de estas observaciones tenían que ver con experiencias desastrosas en pozos donde se intentaron utilizar dichos métodos. Al final, luego de treinta minutos de acalorada discusión, el padre de Rubén terminó la reunión diciendo: "Mientras yo sea el Presidente de esta empresa, sólo se ejecutaran proyectos que impliquen riesgos controlados, con métodos suficientemente probados". En la cara del

expositor se dibujó un sentimiento de frustración inocultable, que llamó la atención de Rubén.

Ya estando a solas, Rubén le preguntó a su padre:

— ¿Cómo hiciste para saber que ese hombre estaba tratando de vender un proyecto con altísimos riesgos para la empresa?

El padre de Rubén lo miró y le ofreció una sonrisa sarcástica.

— Todo lo contrario hijo, el proyecto que acabas de conocer es uno de los mejores negocios que he visto en años.

Rubén entendía cada vez menos.

— ¿Entonces por qué te opusiste a él con tanto ahínco?

— Porque para que un proyecto sea bueno no sólo se necesita que lo sea en sí, se necesita que su promotor tenga mi bendición. El éxito de un proyecto como éste en manos equivocadas puede ser tan peligroso como darle una bomba atómica al enemigo.

Ese día Rubén entendió la forma como su padre manejaba la empresa: Sólo se hacía aquello que cumpliera dos requisitos: que beneficiara a la empresa, pero sobretodo que armonizara con sus propósitos personales.

Al llegar a su oficina, Rubén se encontró con una bella mujer que estaba sentada en la pequeña sala de espera. La saludó caballerosamente y se dirigió hacia el escritorio de su secretaria.

— ¿Qué ha pasado por acá?

— Nada importante señor. El ingeniero Camilo Villafuerte quiere que usted le conceda unos minutos para hablarle —le respondió la secretaria.

— Está bien, dígame que venga, yo también necesito hablar con él. Otra cosa: ¿A quién está esperando esa mujer?

— Está esperando a Camilo —Rubén levantó sus cejas en señal de admiración, su secretaria le sonrió, en un gesto de complicidad.

Al pasar nuevamente frente a la sala de espera, no pudo resistir la tentación de mirar disimuladamente la mujer, quién lucía una minifalda de cuero color café, muy ceñida al cuerpo, dejando al descubierto unas largas piernas. Parecía distraída leyendo una revista, Rubén aprovechó la situación para disfrutar de la vista que ofrecían sus piernas cruzadas, dejando ver un poco más allá de lo que el pudor permite.

La mirada de Rubén se cruzó con la de la mujer, quién lo había sorprendido con sus ojos puestos en la entrepierna. La sensación de admiración, ante aquellos

bellos ojos negros y cabellos color azabache, superó el sentimiento de vergüenza. La mujer por su parte dejó ver una sonrisa cómplice.

—Vaya, no entiendo como un tipo tan insignificante como Camilo, puede tener algo que ver con ésta mujer —pensó Rubén.

Camilo tocó tímidamente con el nudillo de sus dedos la puerta de la oficina privada de Rubén.

—Adelante —respondió Rubén.

Era la primera vez que entraba a la oficina de su jefe. Era un sitio vedado para él. Observó un gran cuadro dónde se mostraba una torre de perforación y empleados de PETROLINK, vistiendo sus impecables uniformes de trabajo. En el centro de la foto estaba Rubén con una amplia sonrisa, dejando ver su perfecta dentadura.

—Siga Camilo, tome asiento por favor.

El ingeniero se apresuró a sentarse en una de las dos sillas disponibles. Notó que estas eran mucho más bajas que la silla de Rubén. Recordó haber leído en alguna parte, que algunas personas utilizaban esto como un método para afectar psicológicamente a la contraparte, brindándole una sensación de superioridad. No le extrañó que Rubén utilizara y creyera en ese tipo de estrategias.

Observó en detalle el fino vestido de paño inglés, color azul oscuro de Rubén. Siempre los utilizaba de la misma tonalidad, por tal razón daba la falsa impresión de no cambiarse nunca de ropa. Pudo también comprobar aquel rumor acerca de que no acostumbraba quitarse el saco, ni siquiera los días de calor. El verano estaba en su máximo apogeo y la temperatura era insoportable dentro de las oficinas de PETROLINK, algo poco común en Bogotá.

—Ingeniero, Gracias por recibirme. Yo sé que usted es una persona muy ocupada, por tal razón voy a tratar de ser lo más breve posible.

Rubén estuvo tentado a interrumpirlo y soltarle la noticia que tenía atorada en su garganta, pero luego pensó que lo mejor era dejarlo hablar libremente, con la esperanza de que lo que éste dijera, le daría la oportunidad para justificar su proceder. Camilo tomó aire y repasó mentalmente las palabras que tanto había ensayado.

—Primero quería reiterarle mi compromiso incondicional para con PETROLINK y también ponerme a su disposición para colaborarle en lo que usted necesite, quiero que sepa que puede contar conmigo para lo que sea —la voz de Camilo reflejaba cierto nerviosismo y tensión.

Rubén lucía inamovible; no permitió que se reflejara ninguna emoción en su cara. Permaneció en silencio.

—Por otra parte quería abusar de usted y pedirle un favor. Sé que está buscando el reemplazo del ingeniero Barrera, quien renunció la semana pasada. Quería saber si es posible que una ingeniera, a quién conozco y sé que tiene el perfil necesario para el cargo, sea tenida en cuenta como candidata.

Rubén estaba sorprendido. ¿Cómo era posible que Camilo se atreviera a abogar por otro profesional, cuando su propio puesto estaba en peligro? Si bien es cierto, él aún no debía saber acerca de esa decisión, si debía ser consciente de que no era santo de su devoción y debía intuir que su puesto peligraba. Se lo había hecho saber de mil formas. Aún con todo y eso, se había atrevido a recomendar a alguien para un trabajo; simplemente era desconcertante.

—Me he tomado el atrevimiento de pedirle a dicha ingeniera que venga, para que de considerarlo necesario, usted mismo hable con ella.

La cara de Rubén se había tornado roja de la ira que sentía; pero cuando entendió que quizá se trataba de la atractiva mujer que había visto minutos antes en la sala de espera, tomó aire y se calmó.

— ¿Se trata de la mujer que está en la sala de espera?

—Sí, ¿qué opina jefe, hay alguna oportunidad?

— ¿Tiene alguna experiencia?

—Sí, ella trabajaba con PETROMOVIL, antes de que terminaran operaciones en Colombia.

— ¿Por qué la conoce?

— Fuimos compañeros en la universidad.

—Entiendo —en señal de indecisión, Rubén golpeó repetidamente su fino reloj de pulso con el lapicero que tenía en su mano derecha, produciendo un sonido metálico que parecía retumbar en los oídos de Camilo —. Usted debería saber que no acostumbro recibir recomendaciones laborales que provengan de empleados de la empresa, pero teniendo en cuenta que ella vino hasta acá y que no sería cortes que le hagamos un desplante, voy a hacer una excepción. Al salir dígame a mi secretaria que la haga seguir.

—Muchas gracias jefe, no sabe cuánto le agradezco.

—No tiene nada que agradecerme.

—A propósito, su secretaria me dijo que también usted tenía algo que decirme, ¿en qué puedo colaborarle?

Rubén titubeo.

—Sí, es para que por favor les informe a todos los profesionales interesados en el diplomado de perforación direccionada, que tienen que inscribirse para participar en las pruebas de selección. Los dos ingenieros que obtengan el mejor puntaje serán quienes tomen el curso, en representación de la empresa en Colombia. En la intranet se informa en detalle acerca del proceso de selección.

—Muchas gracias por tenerme en cuenta jefe, me encargare de hacer la divulgación correspondiente.

Camilo se acercó a la bella mujer, quién dejó a un lado la revista que estaba leyendo y se puso de pie rápidamente.

—Listo mi amor, el jefe te va a recibir. De aquí en adelante todo queda en tus manos. ¿Tienes la hoja de vida?

La mujer hizo un gesto de desaprobación y respondió en voz baja y tono de regaño.

—No me llames mi amor, ¿en qué quedamos?, si tu jefe se entera de nuestra relación, tendré que decirle adiós al puesto. Sabes que en esta empresa están prohibidas las relaciones sentimentales entre empleados.

—Discúlpame, por un momento lo olvidé.

—Es mejor que no lo olvides, por el bien de los dos.

Una vez adentro, Martina Penagos observó en detalle la ropa de Rubén, sus uñas esmaltadas, sus zapatos de marca perfectamente lustrados; pero lo que más la impresionó fue su caballerosidad. Se puso de pie para saludarla, contrastando con la actitud morbosa demostrada por él en la sala de espera. Se saludaron de mano y mencionaron sus respectivos nombres.

—Por favor tome asiento.

—Muchas gracias ingeniero por darme la oportunidad de conocerlo personalmente y poder poner a su disposición mi hoja de vida —Martina le alcanzó una elegante carpeta y luego se acomodó suavemente en la silla, teniendo el cuidado de que su minifalda no le jugara una mala pasada. No obstante cruzó las piernas delicadamente y dejó a la vista unas sensuales piernas, las cuales ejercían un magnetismo casi incontrolable sobre Rubén, quién luchaba calladamente para evitar caer en la tentación de mirarlas.

Pasó una a una las hojas, simulando que las leía pero en verdad estaba tratando de controlar su nerviosismo. La causa evidente era esa sensual mujer, quién fácilmente podría pasar por una modelo de pasarela; pero difícilmente por ingeniera de petróleos.

—Nunca pensé tener un colega como usted —la voz de Rubén se escuchó clara y serena.

— ¿Una mujer?

—Una mujer así de bella.

La respuesta sorprendió a Martina, quién ya estaba acostumbrada a los coqueteos de los hombres, pero no esperaba que Rubén De Las Casas, su potencial jefe, la cortejara en su primer encuentro. Martina desplegó una sonrisa sensual y sus dientes grandes, blancos, perfectamente alineados, afloraron en medio de unos

labios delgados, adornados por un tenue labial color púrpura que les imprimía un brillo irresistible.

—Gracias por el cumplido, en honor a la verdad, yo tampoco esperaba encontrarme con un ingeniero tan caballeroso, franco y agradable como usted.

Rubén enderezó su espalda y tomó una posición altiva.

—Como le debió haber informado Camilo, en esta empresa no se acostumbra contratar personal que haya sido recomendado por empleados. Pero en su caso voy a hacer una excepción.

—Muchas gracias nuevamente, ¿pero por qué la excepción?

—Porque veo en usted algo especial y creo que podríamos trabajar muy bien juntos. Esto no quiere decir que ya el puesto sea suyo, tendrá que someterse al proceso de selección y competir con los demás aspirantes.

—No hay ningún problema, estoy dispuesta a someterme a lo que sea necesario. Realmente me gustaría trabajar para PETROLINK y sobre todo para usted. No sé por qué, pero creo que los dos podríamos hacer muchas cosas; ojalá usted pueda ayudarme.

En el rostro de Martina se evidenció una compleja combinación de ingenuidad y malicia que hicieron perder la aparente tranquilidad de Rubén, quien nerviosamente se aclaró la garganta, tratando de disimular su exaltación.

— ¿Qué tanto estaría dispuesta a hacer?

—Lo que fuere necesario — respondió Martina con voz serena y sin mostrar ninguna expresión en su rostro —. PETROLINK es una empresa prestigiosa e importante y merece que sus potenciales empleados utilicen toda sus capacidades para demostrar que merecen pertenecer a ella — al finalizar la frase Martina miró a los ojos de Rubén y le sonrió sensualmente.

—Claro, estoy de acuerdo con su punto de vista, ojalá todos los empleados aquí pensaran como usted. A propósito, ¿desde cuándo se conocen con Camilo?

—Hemos sido amigos desde la universidad, desde el primer semestre. Como usted debe saber: Camilo es muy inteligente, aunque no lo parezca. Siempre obtenía las mejores notas, él me ayudó mucho con las matemáticas. Para ser sincera, al principio éstas no eran mi fuerte, pero gracias a mi amigo logré entenderla e incluso alcancé a tomarles cierto gusto.

— ¿Amigos por conveniencia?

—Reconozco que inicialmente fue por conveniencia, pero con el tiempo llegué a sentir real aprecio por él, es muy buen amigo y se entrega por completo a sus seres queridos. En términos generales y como diría mi madre: es un buen hombre y además muy capaz y leal.

— ¿Qué opina usted de Camilo?

—Si me permite tutearla, prometo que le respondo la pregunta lo más honestamente posible.

—Está bien, me encantaría.

—Pienso que Camilo, pese a ser un buen ingeniero, tiene mucho por aprender, le falta mucha iniciativa y además parece no aceptar con facilidad la autoridad. ¿Estás de acuerdo con mi opinión?

—Ciertamente es un poco tímido, pero su inteligencia compensa con creces éste problema. Estoy segura que bajo tu tutela y orientación él podrá superar sus debilidades y potencializar sus fortalezas. Se nota que eres un líder que sabe aprovechar al máximo las capacidades de las personas que trabajan contigo.

Después de media hora, finalmente Martina salió de la oficina. Camilo la esperaba con impaciencia. La acompañó hasta la puerta principal.

— ¿Cómo te fue?

—Muy bien, hablamos amablemente, creo que le caí bien. Me dijo que en estos días me llamarían para presentar el examen de conocimientos y la entrevista con el psicólogo.

—Te felicito mi amor, yo sabía que lo lograría porque eres...

— ¿Qué te dije? No me llames así, aquí sólo somos amigos, ¿lo olvidaste?

—Perdóname, es por la emoción. Más bien hablamos esta noche en tu casa, ¿bueno?

—Está bien. No llegues tan tarde, hoy quiero irme a dormir temprano, estoy cansada.

Camilo realmente la amaba y no lo podía disimular. Eso se notaba en la forma como la miraba, en los esfuerzos ingentes que hacía por complacerla; siempre había sido así, desde que estaban en la universidad. Sus compañeros lo molestaban diciéndole que era el perro faldero de Martina, su esclavo o algo así. No entendían como la mujer más bella de la universidad, andaba con uno de los estudiantes más insignificantes e impopulares de la misma. Camilo era considerado un nerds y por eso la mayoría criticaban la relación diciendo que Martina simplemente se estaba aprovechando de él, para beneficiarse de su nivel académico.

Aunque al principio no tenían ninguna relación afectiva, con el tiempo está fue inevitable. Camilo se enamoró profundamente e insistió en formalizar la relación. Para eso recurrió a todos los trucos que su mente de enamorado le dictó: enviarle flores, invitarla a cine, invitarla a cenar, llevarle serenata, escribirle cartas, entre otras. Finalmente Martina aceptó que fueran novios, no sin antes establecer varias condiciones: permitirle continuar reuniéndose con su grupo de amigos sin que él interfiriera, no hacerle escenas de celos y evitar las caricias y besos dentro de las instalaciones de la universidad. Obviamente Camilo aceptó las condiciones sin replicar, era mucho más de lo que jamás hubiere soñado: ser el novio de la mujer más hermosa de la universidad; no importaba que fuera en secreto.

Fue una relación muy diferente a las normalmente vistas entre jóvenes de su edad. Camilo se conformaba con cualquier pequeña demostración de cariño por parte de Martina y soportó con estoicismo los innumerables desplantes que ésta le hizo.

En esa época Martina tenía alquilado un apartamento para estudiantes, cerca a la Universidad Nacional. Camilo por su parte vivía en el barrio Villa Luz, sobre la avenida Boyacá, distante más de cuarenta cuadras de la universidad y del apartamento de Martina.

La situación financiera de Camilo era estable. El hecho de vivir con unos familiares de su padre, le permitía ahorrar buena parte del dinero que este le giraba para sus gastos, pero esta situación cambió desde el momento en que su relación afectiva con Martina se oficializó. Ella se quejaba de los altos gastos que implicaba sostener un apartamento, razón por la cual Camilo le ayudaba pagando el arriendo y los servicios. Casi todo los días, se quedaban estudiando hasta tarde; pero Martina nunca le permitió quedarse.

—No quiero que piensen que estamos viviendo juntos —decía.

Muchas veces, por no tener un peso en su bolsillo, tuvo que caminar las cuarenta cuadras, para llegar hasta su casa. Sus zapatos se acababan rápidamente debido al exagerado esfuerzo a que eran sometidos. Martina nunca le preguntó si necesitaba algo o si tenía dinero para llegar a su casa, ese no era su asunto y menos su preocupación; por otra parte Camilo nunca se quejó ni le contó de esta situación.

En muchas ocasiones, luego de hacer el amor, ella se quedaba dormida entre sus brazos. Camilo, siempre despierto, percibía una mezcla extraña de sentimientos: por un lado se sentía feliz de tener a una mujer como Martina, pero por otro lado lo invadía un miedo extremo a perderla. Es como si viéndola tan bella, desnuda y dormida, entendiera que no sería para siempre, que era una felicidad pasajera. La presión que sentía en su pecho no lo dejaba conciliar el sueño; sabía que apenas Martina despertara, miraría el reloj y le diría: ¡Camilo es hora de que te vayas! Eso sucedía cada noche sin importar la hora que fuera. Camilo no se quejaba ni protestaba, simplemente se vestía, tomaba sus cosas y salía a tomar un taxi o la mayoría de las veces a caminar.

Así pasaron los años, en medio de una relación asimétrica, en la que el soporte y combustible de la relación corría completamente por parte de Camilo. Solamente se separaban durante época de vacaciones y durante las prácticas de campo programadas por la universidad.

Obtuvieron el grado de ingenieros de petróleos en la misma fecha; fueron unos de los primeros de su promoción. El día del grado, los amigos de Camilo le tomaron del pelo diciéndole que era la primera vez que alguien recibía dos grados universitarios el mismo día, burlándose así de la dependencia académica de Martina hacia él.

La noche antes de grado, celebraron con una noche de pasión y como era ya costumbre, Martina se quedó dormida, Camilo velaba su sueño. “¿Qué pasará a

partir de mañana, Martina seguirá conmigo o me dejará por otro?”, se preguntaba una y otra vez.

Pensaba que esas dudas eran propias de alguien cuya seguridad en sí mismo era muy precaria. Antes de Martina, se consideraba una persona con una fuerte autoestima, pero a medida que pasaron los años, la fuerte crítica de Martina sobre su forma de caminar, hablar, pensar y en general respecto a todas sus actuaciones, terminó por socavar su amor propio. Su madre había notado esto y un día se lo había dicho: "Hijo, yo veo que esa relación con esa muchacha no te hace bien, deberías dejarla, esa no es mujer para ti. Lo que sientes por ella es un amor enfermizo que solamente te traerá sufrimientos. El amor tiene que ser recíproco y yo veo que en esa relación el único que lo aporta eres tú". Esa observación hizo que Camilo dejara de hablarle varias semanas a su madre y que nunca más llevara a Martina a Villa de Leiva.

El hombre ideal para Martina distaba mucho de lo que veía en Camilo, por tal razón trataba que éste se comportara como ella quería, por lo cual estaba permanentemente llamándole la atención, cual madre lo hace con su hijo: Saluda, despídete, tráeme un vaso de agua, siéntate bien, no te vuelvas a poner esos zapatos, córtate las uñas, córtate el cabello, aféitate bien, no tomes más, no hables tan fuerte, no manotees al hablar, mira a los ojos de la gente cuando le hables, etc.

Eran las tres de la mañana y Camilo aún estaba despierto pensando acerca de su futuro con Martina y las palabras de su madre. De pronto su mente se aclaró, entendió lo que era inminente: Esta sería la última vez que estarían juntos, era la última noche que pasaría con Martina. Camilo sintió como su corazón se le arrugaba cual hoja de papel. Sintió que la cabeza de su amada, apoyada sobre su pecho, pesaba toneladas y le impedía respirar, entonces empezó a llorar como nunca lo había hecho en su vida, lloró por horas y en silencio hasta que la luz del día lo sorprendió. Paradójicamente era la primera vez que pasaban toda la noche juntos y quizás también la última.

Luego del grado, la relación cambió. Martina trataba de evitarlo y para eso se volvió experta en excusas: tengo una entrevista de trabajo, voy de viaje para Villavicencio a visitar a mis padres, tengo una gripe horrible y no quiero que nadie me vea, hoy todo el día voy a estar ocupada, etc.

Camilo sufría pensando que efectivamente parecía estar sucediendo lo que había presentado aquella noche. Ya él había dejado de ser importante para Martina, pero él se negaba a aceptarlo, sobretodo porque por teléfono ella todavía lo llamaba: "mi amor".

Entonces hizo lo que nunca pensó llegar a hacer por una mujer: pasaba los días siguiendo a Martina, sin que ella se diera cuenta. Efectivamente ella parecía bastante ocupada, tenía múltiples reuniones con amigos y entrevistas en diferentes empresas, estaba decididamente buscando un empleo. Camilo sintió un

alivio y creyó que también debería ponerse a buscar uno, en vez de estar siguiendo a su novia.

A los pocos días Martina lo llamó para contarle que había sido admitida en PETROMOVIL y que estaba feliz, finalmente y después de tantos sacrificios había conseguido un empleo.

— ¿Podemos vernos esta noche para celebrar? —preguntó Camilo.

—No mi amor, hoy tengo que acostarme temprano para descansar, estoy rendida, mañana tengo que hacer mil vueltas y papeleos. Te prometo que apenas salga de esto nos vemos.

Luego de que Martina empezó a trabajar, el tiempo disponible todavía fue más precario. Trabajaba hasta tarde y nunca tenía tiempo para él. Apenas si pudo verla un día a la semana, para ir a almorzar. Aunque no era más de una hora la que pasaban juntos, para Camilo era más que suficiente. Sólo verla, tomarla de la mano y darle un beso, significaba que todavía tenían una relación y que había esperanzas de que todo volviera a ser como antes.

Las cosas empeoraron, Martina fue asignada a una división de interventoría en el Casanare y se fue de Bogotá. Ni siquiera pudieron despedirse.

Camilo lloró muchas noches. Por más que luchaba no se la podía sacar de su mente. Intentaba comunicarse por celular con ella, casi nunca lo lograba y cuando lo hacía, apenas alcanzaban a cruzar unas palabras, porque ella le decía que estaba muy ocupada y que la llamara después.

Camilo concluyó que la única forma de estar nuevamente juntos era encontrando un trabajo en el Casanare y a partir de entonces se dedicó a buscarlo.

Fueron meses muy difíciles en los que pasó muchas noches en vela preguntándose: ¿cómo estaría y con quién, si tendría una relación con alguien?, lo peor es que no podía dejar de pensar en ella, e insistía en llamarla, pero su celular parecía estar fuera de servicio. Finalmente pensó que lo mejor era olvidarla y estuvo a punto de lograrlo, sino hubiera sido porque el destino parecía tener otros planes para ellos.

Por coincidencias de la vida, PETROMOVIL decidió terminar operaciones en Colombia y se fue del país. Martina regresó nuevamente a Bogotá a buscar trabajo.

Camilo recibió una llamada y para su sorpresa se trataba de Martina. Se excusó por su distanciamiento, según ella su celular se le había dañado y el trabajo apenas le daba tiempo para dormir. Camilo le contó que había logrado entrar a trabajar en PETROLINK, luego de lo cual Martina le aceptó una invitación a almorzar.

Durante el almuerzo Martina le contó todo sobre su vida en los últimos meses y se encargó de averiguarle como era la suya, especialmente aspectos atinentes a la empresa y su relación con los directivos de la misma. Camilo mintió a propósito, diciéndole que tenía una excelente relación con su jefe inmediato y que incluso podía ayudarlo a conseguir empleo, hablando con él. Pensó que esa sería una forma fácil de mantenerla cerca, lo cual a la postre resultó ser efectivo. Martina había alquilado un pequeño apartamento amoblado en el norte, esa misma noche se encontraron allí e hicieron el amor. Camilo radiaba felicidad por todos los poros.

A los pocos días de su entrevista con Rubén, Martina realizó las pruebas de conocimiento y la entrevista con la psicóloga. Su proceso de enganche se logró en tiempo record. A Camilo esto no lo sorprendió, todo lo que Martina se proponía lo lograba con una facilidad que impresionaba. Era una de las ventajas que tenía una mujer que sabía combinar su belleza e inteligencia.

3

Camilo se aferró como nunca a Martina. Parecía como si el tiempo que había dejado de verla y que él creía le había servido para olvidarla, ahora aflorara en una dependencia mucho más fuerte que antes. Quería pasar todo el tiempo con ella. Al salir de la oficina, la acompañaba hasta la casa y se quedaba allí hasta tarde. Martina también parecía más cariñosa y asequible.

Para aspirar al diplomado, Camilo y Martina se prepararon a conciencia, estudiando casi todas las noches. Ambos presentaron la prueba con la esperanza de que los dos pudieran viajar a Houston.

Todo parecía ir muy bien, por un lado Martina estaba muy satisfecha con su trabajo; había logrado establecer una muy buena relación laboral con Rubén, su jefe inmediato, y además la tensión entre éste y Camilo se había disipado.

Los planes de matrimonio de Camilo empezaron a materializarse, desde el momento en que ella le comentó que necesitaban pensar en su futuro, para lo cual deberían empezar planeando la compra de un apartamento.

—Primero debemos tener donde vivir, organizar financieramente nuestras vidas y en un futuro, si las cosas funcionan bien, podemos pensar en casarnos por lo civil —propuso Martina. Camilo se puso feliz y aceptó sin dudar. Fue tal el entusiasmo, que a la semana siguiente ya estaban buscando un apartamento que llenara las expectativas de ambos, en especial las de Martina. Finalmente encontraron lo que buscaban: un apartamento pequeño ubicado en un conjunto cerrado estrato cinco, con zonas verdes, piscina y sauna. Camilo aportó la cuota inicial con unos ahorros y un préstamo que tomó del fondo de empleados de PETROLINK. Los ahorros de Martina y un crédito que tomaría de un Banco serían para hacer los arreglos del apartamento y amoblarlo. Para el saldo del apartamento tomaron un crédito Hipotecario a quince años, con la esperanza de hacer aportes extraordinarios y pagarlo mucho antes. Camilo era enemigo de los créditos hipotecarios: “Si uno se descuida, termina dejándole el cincuenta por ciento de sus ingresos al banco por quince años, es decir, trabajar como un esclavo para ayudar a enriquecer a otros”, decía con frecuencia.

Fueron publicados los resultados de la prueba para optar al diplomado en el exterior y la sorpresa fue mayúscula: Camilo Villafuerte obtuvo el mejor puntaje y el segundo lugar fue para un ingeniero que trabajaba en un pozo petrolero.

A Camilo esa noticia en vez de alegrarlo lo entristeció. Ahora que todo parecía ir tan bien con Martina, tenían que separarse por cuatro meses. Pensó en renunciar al premio, pero Martina lo hizo desistir de la idea

—No puedes desaprovechar esa oportunidad de superación, te servirá para mejorar tus condiciones laborales y de paso nuestras finanzas y proyectos.

Contra éste argumento tan contundente Camilo no tuvo opción. A los pocos días Camilo viajó a Houston para empezar el curso, la despedida con Martina fue la experiencia más dolorosa que hubiere vivido hasta ahora. Nada podía compararse con esa sensación extraña de vacío en el estómago y dificultad para respirar.

También se despidió de su vecina Emilia Duarte. El día que esperaba el taxi que lo llevaría al aeropuerto, ella estaba barriendo el frente de la casa. Siempre había sido muy especial con él, especialmente aquellos días en los que Martina había estado por el Casanare y estuvo solo.

—Hola Camilo, ¿entonces te vas de viaje para los Estados Unidos? —Emilia estaba al otro lado de la calle con la escoba en sus manos, eso era lo que hacía normalmente los domingos a esa hora.

—Hola Emilia, si es cierto.

Camilo pensaba pasar la calle y despedirse de ella como debía ser, pero en ese instante llegó el taxi que esperaba.

—Te felicito de todo corazón, te deseo mucha suerte y que te vaya muy bien en el viaje, te lo mereces.

Emilia se dio la vuelta y entró rápidamente a su casa sin darle tiempo a Camilo de responder. Ella era de tez blanca, cabello ensortijado color castaño claro y ojos verdes ocultos tras unos gruesos anteojos. Era una mujer de facciones bellas y cuerpo esbelto, pero su forma de vestir, sus gafas y cara sin maquillaje la hacían pasar desapercibida a los ojos de los hombres, incluido Camilo. Cuando no estaba trabajando o estudiando, estaba ocupada ayudándole a su madre con alguna labor doméstica.

Trabajaba de lunes a sábado, atendiendo la papelería de su padre, quién estaba muy enfermo. De noche estudiaba economía en la universidad del Distrito. Era una persona humilde pero muy trabajadora, totalmente diferente a Martina.

La papelería quedaba a una cuadra de donde vivía Camilo. El negocio, además tenía servicio de Internet, uso de computador e impresión. Emilia le ayudo a elaborar su hoja de vida, aplicando las últimas reglas y estilo de presentación.

—Un ingeniero como usted no puede pasar una hoja de vida impresa en cualquier papel —le decía.

Muchas veces no le cobró, pese a que prácticamente todo el papel fino que se compraba en la papelería era utilizado por Camilo. Durante ese tiempo pasó infructuosamente más de doscientas hojas de vida.

Por aquellos meses de soledad, los cuales Camilo deseaba olvidar, Emilia lo veía llegar todas las mañanas a mirar su correo electrónico, con la esperanza de que Martina le hubiera respondido sus mensajes. Al comienzo se los respondió con

frases cortas y apuradas, pero con el transcurso de las semanas sus respuestas disminuyeron en frecuencia, hasta que desaparecieron.

Se conocían desde hace muchos años, tanto que Camilo le tenía la suficiente confianza para hablarle acerca de su relación, su sufrimiento y el miedo a perder a Martina. Emilia lo confortaba diciéndolo que si en su destino estaba que esa mujer fuera su mujer, nada ni nadie lo podría evitar, mientras tanto tenía que tratar de seguir con su vida, encontrar un empleo.

La hora de la llegada de Camilo a la papelería era exacta: todos los días a las siete y treinta de la mañana, apenas Emilia abría el negocio. Lo esperaba con el periódico y un tinto caliente que ella misma preparaba en su pequeña cafetera. Camilo miraba antes que nada los clasificados, anotaba los avisos que le interesaban y luego ojeaba el periódico desde la primera hasta la última página. Luego se sentaba en un computador, abría su correo personal, buscando en sus mensajes recibidos noticias de Martina. Era una rutina que se repetía día tras día y que sólo cambiaba cuando tenía alguna entrevista temprano en la mañana o cuando tenía que hacer alguna diligencia que su tío le hubiere encomendado.

El día que lo llamó Martina, a la única persona a quién se lo contó fue a Emilia. Le fue casi imposible ocultar su sorpresa y disgusto, pero Camilo apenas lo notó; su felicidad era tal, que no le permitía percibir lo que pasaba a su alrededor.

—Te felicito, sólo te recomiendo que vayas despacio y no desboques tu corazón —le dijo Emilia, sin mirarlo a los ojos.

—Muchas gracias Emilia, lo tendré en cuenta, tú eres realmente una amiga, sin ti no se que hubiera sido de mi vida, espero que algún día pueda compensarte.

—Mi compensación es verte feliz, ahora vete que tengo mucho que hacer aquí —dijo Emilia dándole la espalda y corriendo hacia la bodega del local. Camilo nunca vio las lágrimas en sus ojos.

Los días, semanas y meses pasaron tan lentamente para Camilo, que el día que arribó de regreso en el aeropuerto internacional El Dorado, le parecía que hubiera pasado un siglo. Durante todo el viaje se la pasó mirando una pequeña llave, de la misma forma que lo había hecho durante los últimos meses. Que sorpresa tan maravillosa le había dado Martina al enviarle como cumpleaños la llave del apartamento envuelta en una caja adornada de corazones. Ese era el mejor regalo que había recibido en su vida. Pero Martina no era la única que sabía dar sorpresas, él también lo podía hacer.

Pese a la insistencia de Martina para que le anunciara con tiempo su fecha de llegada, el no lo hizo; ella quería darle un recibimiento especial. Pudo adelantar su regreso una semana, para lo cual tuvo que trabajar tiempo extra preparando el trabajo de grado y recibir el título por ventanilla. Pero el sacrificio bien valía la pena, ahora estaba en Bogotá y podía darle una linda sorpresa a su amada.

Como el portero del conjunto cerrado no lo conocía, no lo quería dejar pasar, entonces Camilo le explicó que él era el dueño del apartamento 706 torre 5, que estaba de viaje en el exterior y acababa de llegar. El celador le pidió su cédula, verificó el nombre en el listado de propietarios y al constatar que efectivamente estaba registrado como uno de ellos, lo dejó seguir.

—Afortunadamente Martina no olvidó incluir mi nombre en el registro o si no se había dañado la sorpresa —pensó Camilo.

El hecho de estar haciendo algo en secreto y en un sitio que aunque era de su propiedad, nunca había visitado antes, le producía ansiedad y un poco de sentimiento de culpa, no estaba seguro que a Martina le gustara la sorpresa, ella era definitivamente impredecible, pero ya no había opción, tenía que continuar con el plan.

Calculaba que por ser las cuatro de la tarde, Martina aún no había llegado del trabajo, así tenía tiempo para prepararlo todo, incluyendo una botella de vino de reserva, unas velas de colores, muchas bombas y serpentinas y un gran letrero que decía: "Te Amo Martina".

Sus manos temblaban, casi no logra introducir la llave en la cerradura. La puerta se abrió con mucha suavidad. Era un apartamento, cuyo cuarto principal quedaba en un segundo piso. El primer piso, además de la amplia sala comedor, tenía la cocina, un baño, el estudio y un cuarto. Camilo quedó sorprendido por el lujo y elegancia de los muebles de sala y el comedor. Nunca pensó tener algo así. "Debió haber costado un dineral", pensó.

Cuando se dio media vuelta para entrar sus maletas, escucho algo que lo dejó paralizado: un gemido que provenía del cuarto principal. Alguien estaba allí. Instintivamente se quitó los zapatos, para evitar que su caminar sobre el piso de madera lo delatara. Empezó a subir uno a uno los escalones. Con cada paso el sonido era más fuerte y claro, definitivamente se trataba de los gemidos de una mujer excitada, "debe ser el sonido de una película", pensó.

La puerta del cuarto estaba entreabierta, entonces Camilo se acercó y la empujó suavemente. La escena que apareció frente a sus ojos lo dejó paralizado. En una elegante cama doble estaba Martina desnuda, acaballada sobre la pelvis de Rubén de Las Casas, quién estaba acostado boca arriba, acariciándola apasionadamente. Los gemidos se multiplicaron a tal punto que Camilo tuvo que taparse los oídos. Pensó en gritar, golpearlos, insultarlos, pero lo que realmente deseaba era salir de ese lugar cuanto antes, su estómago estaba revuelto y sentía unas inevitables ganas de vomitar. Todo ese lugar le producía asco y repulsión. Al salir cerró la puerta con violencia, tomó sus maletas y se marchó del lugar, olvidando sus zapatos.

— ¿Qué pasó, alguien llegó, será Camilo?

—No, ya te dije que llega hasta dentro de ocho días, pero voy a mirar.

Martina se puso una levantadora y bajó las escaleras. En la mitad del pasillo vio unos zapatos. Reconoció que eran los de Camilo, ella misma se los había ayudado a comprar.

— ¿Quién dejó esos zapatos ahí? —preguntó Rubén, quién había bajado también.
—Camilo estuvo aquí.

